



PENSAMIENTOS DE UNA CUCARACHA

(Fábula amarga sobre la fragilidad de la vida)

Nació en los suburbios de la gran ciudad, allí por donde anochece más tarde, en el hueco de un cubo de basura de un callejón. Ya desde que salió del huevo se dio cuenta de que se encontraba sola, pues ni su madre, ni su padre, ni sus hermanos la habían esperado. Era una cucaracha. Sí, esos insectos negros y brillantes de tamaño considerable y aspecto repugnante. Era el deportivo negro-metálico del reino animal.

Encontró a su lado otro nido de huevos. ¿Sería otra camada de cucarachas?, ¿o quizás de algún otro insecto?, quién sabe, pero no era ella la que se iba a quedar a esperarlas, así que se marchó.

Durante largo tiempo anduvo malviviendo de lo que había en el vertedero, hasta que un buen día pensó que por fin había llegado el momento de viajar, buscar sitios nuevos más acogedores, donde puede que encontrase a alguien con quien formar una nueva familia.

Vio su oportunidad: la distancia existente entre la puerta y el suelo del portal número 56 era lo suficientemente ancha para infiltrarse en su interior. “Ahora o nunca”, pensó. Así que con la pata en el corazón y sin pensárselo dos veces, corrió tanto, tanto, tanto que cuando se quiso dar cuenta ya había



Tania Lobato

recorrido unos 2 metros portal adentro. Algo misterioso la esperaba. “¿Qué pasará si subo por esa rendija?”, y eso hizo.

Al cabo de un rato de subida, estando ya con sus patas cansadas y las antenas caídas, divisó una luz, salió al exterior y se encontró en una amplia habitación. Era de color blanco, tenía una especie de extraños montes de madera muy altos y rectangulares –que los humanos llamaban *muebles*-, y otros que no parecían de madera, quizás metal. El suelo era un mosaico precioso de azulejos de colores; admirada se quedó al descubrir que cada mancha de color era casi más grande que ella misma. Enfrente vio una puerta y un corredor.

“¿Qué se esconderá allá a lo lejos?”- se preguntaba- “A lo mejor debería probar primero a ver que encuentro por aquí y luego me adentraré en otros territorios”. Estando ensimismada en sus pensamientos, de repente sintió un terrible zumbido en el aire que le irritó los oídos. Miró hacia arriba y observó a un ser diminuto, veloz y de ojos muy grandes, que revoloteaba de un lado para otro:

- Hola, ¿qué eres tú? -Le preguntó.
- Hola, soy un mosquito, ¿y tú?
- Yo soy una cucaracha.
- ¡Ah sí!, he visto a tipos de tu aspecto por aquí- Contestó el mosquito.



- ¿De verdad? A lo mejor eran mis hermanos o mis padres, o algún otro pariente mío. Yo, la verdad, vivo en la basura de enfrente y por eso lo digo.- Afirmó ella.
- No sé... Bueno, ¿tú qué haces por aquí? Porque yo vine a ver que encontraba. Pensé, al ver una luz tan intensa, que a lo mejor había sangre fresca pero...
- ¡Sangre fresca! -interrumpió- ¡Bebes sangre!, ¿pero cómo puedes ser tan malvado de robarle a la gente lo que no es tuyo?, ¡la sangre es la esencia de la vida!
- ¿Y tú que? -Replicó él- Tú les robas todo lo que encuentras a tu paso, ¿no te da vergüenza?, porque yo tengo entendido que los de tu especie hacéis eso. Eso es tan ruin como lo mío.
- ¡Mentira!, las cucarachas nos quedamos con lo que a ellos les sobra, lo que no usan, lo que no les hace falta, lo que abandonan... - gritaba indignada- y encima les limpiamos el territorio, ya sea una miga de pan o un trozo de fruta o un poco de agua azucarada; pero siempre es lo que ellos tiran y que ya no se quieren comer. Nosotros no robamos nada a nadie, sino que nos alimentamos de sus sobras.
- Está bien, como quieras. Pero te diré una cosa, cucarachita: es mejor que no te fíes tanto de la buena voluntad de los humanos y que te andes con cuidado, pues no es lo mismo *ser* que *aparentar*, y si yo te parezco perverso por eso, allá tú, pero a ellos no les de ninguna lástima agarrar el insecticida y exterminarte en un instante. Sólo te lo advierto. Y además, por un poquito de sangre no se van a



Tania Lobato

morir. ¡Adiós insecto! ¡y buena suerte!- y dicho esto se marchó por la ventana.

Entonces la cucarachita se quedó sola y perdida en medio de ese gran valle de color blanco y suelo policromado, pensando en lo que había dicho ese ser de ojos brillantes y en sus advertencias. “Cómo puede ser tan malo...” -se decía a sí misma- “extirpar la esencia de la vida a quien, al igual que él, forma parte de la propia Naturaleza. ¡Pero que poco sentimiento!, sólo de pensarlo se me revuelven las antenas”.

Buscando y buscando por el valle encontró un auténtico manjar: una gota de miel debajo de uno de esos montes de madera o de metal. ¡Y qué bien le sabía! mira que había probado cosas deliciosas, pero como ésta muy pocas; aunque había catado la miel anteriormente prefería la de este lugar, que no traía los típicos tropezones de siempre incorporados. Ésta tenía un sabor dulce y tenue, y estaba en su estado viscoso natural, como recién salida de la última cosecha colmenera.

Después de descansar un rato para digerirla, se dirigió al pasillo a investigar.

El pasillo era extenso y amplio, y el suelo había cambiado radicalmente allí, ya no era liso y de colores, sino que estaba blandito y de él surgía una hierba muy corta de color gris que parecía pelusa. Allí no encontró nada en especial, salvo motas de polvo y algún que otro pedazo de papel. Entonces atisbó otra abertura en uno de los lados: era una puerta un poco más difícil de



Tania Lobato

traspasar que las anteriores, pues su rendijilla era mucho más estrecha. Se acercó e intentó entrar, le costó un poco pero por fin lo consiguió sin lastimarse el caparazón. Al dar con sus patas en tierra, esta vez se dio cuenta de que el suelo era más duro y frío, y de color azul. Tenía tantas montañas o más como los de la primera habitación, había charcos de agua esparcidos y unos enormes pelos negros y amarillos que ella supuso que serían de los habitantes de la casa -"¡qué extraño es esto!"- pensó -"no sé por qué no me da buena impresión. Iré a dar una vuelta a ver que hay"- . Después de haber andado un rato largo, se paró, y una sensación horrible le invadió el cuerpo: parecía mentira pero se había perdido. No sabía dónde estaba, había dado vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte y sin encontrar nada sustancioso. Seguía estando en el mismo sitio frío y azul pero no sabía situarse. -"¡¿Y ahora cómo salgo de aquí?!, ¡qué mal presentimiento!"- pensaba, pero afortunadamente el susto pasó pronto gracias a que sus antenas (benditas antenas) la habían vuelto a orientar en dirección a la puerta.

En esos momentos vio un cacharro enorme y de forma extraña pero que le resultaba familiar... sí, ya sabía lo que era, había visto antes uno igual en la basura; era una calefacción. Sabía, por lo que le habían contado, que por un extraño fenómeno irradiaba unas ondas agradables que quitaban el frío, así que se fue hacia ella. A medida que se iba acercando iba notando cada vez más el calor, y la verdad es que en ese exótico valle con la temperatura tan baja, dicho utensilio se agradecía. Se incorporó justo debajo de él, era tan maravilloso... tanto le gustaba que le entró el sueño y se fue quedando dormida, tan plácidamente.



De repente un gran estruendo le despertó, la enorme puerta se abrió completamente, un golpe de luz le golpeó la cara y un gigante entró en la habitación y soltó un agudísimo “¡¡¡Ahhhhhhhggg!!!”. -“Casi me deja sorda, qué individuo tan histérico, ¿qué le pasará?, ¿habrá visto un fantasma?” -se dijo para sí.

El gigante, un ser muy feo por cierto, le clavó la mirada fijamente y la cucaracha se empezó a inquietar. “¿Por qué me mira así? -Pensaba. Los ojos del gigante sí que eran grandes, mucho más que los del mosquito, y no hacía más que mirarla mientras producía ciertos sonidos guturales con la boca. Mientras tanto pensaba la cucarachita “¿Por qué gruñe?, ¿y que le hecho yo? esto me huele muy mal... me da en el caparazón que no va a pasar nada bueno”.

En ese momento el gigante se sacó algo que llevaba en una de sus patas mientras seguía clavándole fuertemente la mirada. Entonces gritó el pequeño insecto -“¡eh tú!, ¡oye! no se quién eres pero yo ya me iba, lo siento si te he molestado, no era mi intención causarte ningún mal, de verdad... ¡eh!, ¿me entiendes?, ¡no, no, no!, ¿qué haces?!, ¡eh!, ¡eeeeeeeh!”-. La enorme cosa que se había sacado de la pata trasera estaba ahora en la delantera y se dirigía apresuradamente hacia el pobre animal, que como es lógico, salió despavorido. ¡Zas, zas! el gigante la perseguía detrás con ese artilugio y arreando golpes. Ella corría y corría sin cesar.

Pero una sensación de asfixia empezó a extenderse por su cuerpo, era cansancio y le costaba respirar, cada vez lo hacía con más dificultad y sintió



Tania Lobato

que necesitaba pararse y descansar. En cambio, el maquiavélico gigante siguió detrás con la chancleta sin sentir agotamiento de ningún tipo. -“¿Pero qué he hecho yo?, ¿por qué quiere matarme?, ¿si yo no me he portado mal con él!”- pensaba la cucaracha, y en esos momentos unas lágrimas heladas empezaron a discurrirle por sus ojillos mejilla abajo. ¡Qué angustia sufría! Y que tristeza tan profunda la que le invadía... aunque al fin encontró un escondite, no había conseguido calmar su llanto -“¡Por favor!, no me mates, no me mates, ¡te lo ruego! prometo no volver nunca más, prometo no hacerte daño, ¡pero no me mates que todavía merezco vivir!”-.

Mientras rezaba con tanta fuerza notó como el monte detrás del que se había escondido se retiraba y la enorme chancleta avanzaba hacia su cabeza - “¡no me mates por favor!”- chilló llena de dolor.

En ese preciso instante sintió como algo muy agudo, como un alfiler, le atravesaba el cuerpo de arriba y abajo y de costado a costado, Y notó también como la cabeza se le partía en mil pedazos y todo se volvía negro.

(05/10/2000)